



Cómo el estancamiento del Mercosur puede reescribir las alineaciones comerciales con una Europa dividida

Posted on Diciembre 20, 2025

Las fracturas internas de Europa han vuelto a estancar el acuerdo comercial entre la UE y el Mercosur, exponiendo profundas divisiones políticas y agrícolas dentro del bloque. Mientras Bruselas duda y los agricultores se rebelan, los gobiernos sudamericanos pierden la paciencia. El prolongado estancamiento está empujando discretamente a los países del Mercosur a buscar alianzas económicas y geopolíticas en otros países.

Por Uriel Araujo.

Bruselas se enfrenta a una vieja escena europea: agricultores furiosos bloqueando carreteras con tractores, paralizando partes de la capital de la UE y obligando a los líderes políticos a replegarse. En este contexto, la Unión Europea ha vuelto a retrasar el acuerdo comercial con el Mercosur, negociado desde hace tiempo, aplazando cualquier decisión hasta enero en medio de crecientes protestas y la abierta oposición de Francia e Italia.

Miles de agricultores se han congregado en Bruselas para denunciar lo que consideran un acuerdo que inundaría Europa con importaciones agrícolas más baratas y perjudicaría a los productores locales. Dejando a un lado las conversaciones diplomáticas, los tractores en las calles tienen una forma peculiar de cuestionar las prioridades políticas.

En cualquier caso, cabe recordar que las negociaciones entre la UE y el Mercosur comenzaron en 1999. Más de un cuarto de siglo después, el acuerdo sigue sin firmarse, sin ratificación y cada vez más controvertido. Lula, el presidente brasileño, incluso ha amenazado con abandonar el acuerdo por completo, frustrado por lo que considera una lentitud europea impulsada por políticas internas, en particular la presión de París y Roma.

Los líderes de la UE están profundamente divididos, y los grupos de presión del sector agrícola ejercen suficiente presión como para hacer políticamente inevitable el aplazamiento. Este desajuste no es nuevo. Como señala el periodista brasileño Assis Moreira, la UE y el Mercosur llevan 26 años dialogando sin entenderse, con Europa priorizando los estándares regulatorios, las cláusulas de sostenibilidad y la protección de sectores sensibles, mientras que los países del Mercosur priorizan el acceso al mercado de la carne de vacuno, la soja, el azúcar y las aves de corral.

Sea como fuere, el desequilibrio estructural ha persistido hasta ahora, y cada crisis no hace más que exponerlo con mayor crudeza. Los agricultores europeos temen que las importaciones del Mercosur les suban el precio, acelerando así una crisis prolongada en la Europa rural. La agricultura de la UE ya se ve presionada por el aumento de los costes de los insumos, las regulaciones climáticas y la competencia de los cereales ucranianos. No es de extrañar que la perspectiva de abrir las puertas a la agroindustria sudamericana haya resultado incendiaria.

Lo que a menudo se ignora es que estas protestas no solo tienen que ver con cuestiones económicas, sino también con la legitimidad política. Los agricultores perciben la política comercial de la UE como manifiestamente desconectada de las realidades de la producción alimentaria. Las normas ambientales y laborales impuestas a los productores europeos no siempre se reflejan en el extranjero, según se argumenta. En resumen, animar a los agricultores a competir globalmente mientras se les regula localmente tiene sus límites.

Esta vez, las protestas trascendieron las fronteras, con agricultores de varios países de la UE coordinando sus acciones. Esto, por sí solo, indica un malestar más profundo.

Desde la perspectiva del Mercosur, el retraso es un ejemplo más de la inconsistencia europea. Brasil, Argentina, Paraguay y Uruguay han hecho concesiones reiteradas, solo para ver surgir nuevas exigencias de la UE, en particular en materia de deforestación y política climática. Por lo tanto, los funcionarios brasileños advierten que la paciencia se está agotando.

En este punto, cabe recordar que los acuerdos comerciales también son instrumentos geopolíticos. Para la UE, el Mercosur debía anclar económicamente a Sudamérica a Europa, diversificar las cadenas de suministro y demostrar su compromiso con la apertura de los mercados. Sin embargo, los retrasos interminables corren el riesgo de empujar a los países del Mercosur a buscar socios en otros países. Por lo tanto, las divisiones internas de Europa tienen consecuencias externas.

He argumentado anteriormente que el acuerdo entre la UE y el Mercosur ilustra las contradicciones de la globalización contemporánea. Ahora vemos cómo la retórica del libre comercio choca con el proteccionismo interno y cómo las ambiciones estratégicas se ven socavadas por la reacción social.

¿Qué sucederá a continuación? El impacto inmediato es un retraso. Incluso una discusión en enero podría resultar optimista, dadas las elecciones y los calendarios políticos en los principales estados de la UE. A largo plazo, la incertidumbre podría congelar las decisiones de inversión a ambos lados del Atlántico.

Para los exportadores del Mercosur, la falta de acceso al mercado de la UE limita la diversificación. Para la industria europea, especialmente para los fabricantes y proveedores de servicios que se beneficiarían del acuerdo, el estancamiento es costoso. Por lo tanto, todos pierden algo, aunque no por igual.

Dicho sin rodeos, la UE se enfrenta ahora a una disyuntiva: rediseñar el acuerdo para proteger realmente a los sectores sensibles, o aceptar que el acuerdo con el Mercosur podría no ratificarse nunca. Pretender lo contrario solo prolonga el impasse.

Este episodio también refleja una tendencia más amplia. En toda Europa, los grupos rurales y periféricos se sienten ignorados por las élites metropolitanas. Los acuerdos comerciales suelen reflejar esta desconexión.

Por lo tanto, la saga del Mercosur también supone una prueba de resistencia para el modelo de economía política de la UE. Si Bruselas puede conciliar las ambiciones globales con el consenso nacional sigue siendo una incógnita. A medida que diciembre de 2025 se acerca a su fin, el futuro del acuerdo entre la UE y el Mercosur es, en el mejor de los casos, incierto, con una Europa dividida.

Además, un colapso del acuerdo entre la UE y el Mercosur inevitablemente fortalecería el atractivo de los BRICS en Sudamérica. Años de vacilación y condicionalidad europea ya han demostrado a las capitales del Mercosur que Bruselas es un socio poco fiable. No puede conciliar sus grupos de presión internos con sus ambiciones externas.

De este modo, los gobiernos sudamericanos se verían aún más incentivados a profundizar sus vínculos con los marcos BRICS, que priorizan la financiación de infraestructura, el comercio en monedas locales y la reducción de las restricciones políticas explícitas. Después de todo, Brasil no solo es miembro fundador de

los BRICS, sino también su principal puente hacia el Cono Sur. Incluso los países del Mercosur no pertenecientes a los BRICS podrían inclinarse por mecanismos vinculados a los BRICS como alternativas pragmáticas.

Uriel Araujo, Doctor en Antropología, es un científico social especializado en conflictos étnicos y religiosos, con amplia investigación sobre dinámicas geopolíticas e interacciones culturales.

El Maipo/BRICS